



Mons. Salvio Huix Miralpeix, Obispo de Lleida.

6

POTENCIA ESPIRITUAL DEL P. HUIX

«Las huellas espirituales que deja el P. Huix entre nosotros serán de eterno recuerdo; los vicenses han encontrado en él al consejero, director experto, varón justo y colaborador incansable en toda buena obra. Basta recordar en estos momentos el provecho que de su actuación han reportado las juventudes vicenses, para cerciorarse del inmenso fruto espiritual que ha aportado a la ciudad de mañana». Estas frases, debidas a la pluma de Don Juan Comella, alcalde de Vic, al ser nombrado el P. Huix, Obispo de Ibiza, nos relevan de todo prólogo para este capítulo. Medítense esas otras que escribió su íntimo amigo don Teodoro de Mas, también dirigido suyo, en la misma ocasión: *«La virtud, para él, no es la virtud que reconocemos en los demás hombres; no apellida con ese nombre las cosas consideradas bajo el mero concepto de buenas y honestas en cuanto solamente les sirven para el cumplimiento, aunque estricto, de los deberes; para el P. Huix la virtud es algo más: un vivo deseo, un férvido anhelo de su alma que constantemente le impele a la práctica del bien y de la caridad, a costa de grandes sacrificios. Varones de ese temple, saliéndose de las proporciones ordinarias, se levantan como monumentos gigantes o cual faros luminosos, que deslumbran las inteligencias. Quizá no nos damos perfecta cuenta de la joya que perdemos; su ausencia aquilatará el valor».*

Quien haya conocido a don Teodoro de Mas comprenderá enseguida que en estas frases no pudo haber ni una tilde de adulación ni una mengua de conocimiento.

«Porque el P. Huix es humilde, tanto sirve para vivir vida conventual como para gobernar una diócesis. Ni ha amado ni ha despreciado los cargos. Se ha colocado y mantenido en ellos con dignidad, con la dignidad propia y característica de los hombres que saben que no pueden rehusarse los dones de Dios, si no quiere caerse en la soberbia, y que es virtud obedecer y seguir su voluntad con prontitud y diligencia. Toda esa su actuación como seminarista, como vicario, como religioso, como escritor, como director de almas, y sobre todo como director de las congregaciones marianas, ha tenido que atraerle forzosamente las miradas del cielo. Los técnicos en el campo del catolicismo han de ser los Obispos en primer término, pero del temple y de las cualidades que adornan al Reverendísimo P. Salvio Huix, novel y preclaro Prelado de la Iglesia Católica, que, si ha sido humilde para encubrir las virtudes para no perderlas, no ha tenido inconveniente en ponerlas de manifiesto cuando la causa de Dios así lo ha ordenado y dispuesto para engrandecerlas, acrecentarlas y perfeccionarlas». Bajo el seudónimo EQUIS, una

destacada personalidad escribió también, cuando nombraron Obispo al P. Huix, las frases que preceden.

Finalmente otro escribe: *«Es imposible conocer a ese hombre y no amarle. La mejor biografía, la más acabada semblanza quedará por hacer porque solo es conocida de Dios».*

Ahora nos interesa tan sólo poner de relieve ese poder irresistible con el que logran que se les abran y rindan las conciencias incondicionalmente, porque tal fue una de las grandes cualidades de nuestro P. Huix. Notad la perspicacia del pueblo sencillo cuando une indefectiblemente a la santidad ese poder. Se habla de un gran misionero e inmediatamente se le atribuye la conversión de recalcitrantes pecadores.

El P. Huix, tuvo el don de ablandar las conciencias más duras. Confieso que, si no pudiéramos decir eso de él, sentiríamos como un desasosiego interior; le faltaría algo, a nuestro parecer necesario, en su personalidad de hombre santo; porque, si Dios ha manifestado que esclarecerá entre los hombres el nombre de sus elegidos, nos parece que debía haberlo hecho con el P. Huix. Y lo hizo. Por ello, todo temor de que nuestro afecto aumentara, sin querer, el concepto de santidad con que lo veneramos, se desvanece ante la evidencia de los hechos. En Vic era corriente que debía acudirse a él para los casos de pecadores difíciles de convertir.

¿A cuántos convirtió? No lo sabemos, pero debieron de ser muchos. ¿Qué significan, si no, aquellas tan frecuentes llamadas nocturnas a su celda? ¿Qué esos paseos apostólicos de visita de enfermos? ¿Qué esas confesiones de almas torturadas que manifiestan haber hallado en el P. Huix al médico experto? No podemos narrar aquí todos los casos de esa índole que le ocurrieron; pero basten dos que llamaron en su día poderosísimamente la atención en Vic; y valga, antes de referirlos, lo que él contaba un día, cuando al llegar al Oratorio y preguntarle sus hermanos si había conseguido confesar el último enfermo visitado, casi con lágrimas en los ojos, contestó: a ese no, a ese lo he acompañado hasta las puertas del infierno; oíd todo lo que he conseguido con él después de innumerables visitas:

-¿Pero es que no se arrepiente Vd. de sus pecados?

-No puedo, Padre.

-¿Pero al menos reconocerá que los ha cometido?

-Sí, Padre, los he cometido, muchos, muy graves y de muchas clases.

-¿Y no sabe que con ellos ha ofendido a Dios?

-Sí, Padre, y además creo que Dios es bueno y que si me arrepintiera me perdonaría; pero no puedo.

-Bien; vamos a ver: Procure V. rezar conmigo el Señor mío Jesucristo... y verá cómo todo irá bien. Empecemos: -Señor mío Jesucristo...

-Señor mío Jesucristo...

En efecto, todo iba bien; el P. Huix apuntaba y el enfermo seguía repitiendo. Pero al llegar al «me pesa», el enfermo, en lugar de repetirlo, como si se le trabara la lengua, decía una y otra vez:

-No puedo, Padre, no puedo, es inútil. No insista Vd. más. Me voy al infierno. Creo que ese es el castigo de haber leído durante mi juventud y habérselas dado a leer a otros muchísimas novelas indecentes.

«Y así», terminaba el P. Huix ante la consternación de los presentes, «se ha muerto aquel pobre hombre, al cual, como os digo, he acompañado hasta las puertas del infierno». Pero, por su propia confesión, sabemos que fue ese el único caso ocurrido entre tantos y tantos.

Había en Vic un laico furibundo ya entrado en años. Bueno será decir que el laicismo entró de una manera muy curiosa en nuestro pueblo. Confundido en su principio con el ideal republicano, se vistió enseguida, sobre todo cuando empezó a descender de las esferas intelectuales al pueblo, con el ropaje del anticlericalismo.

Para ello no se les ocurrió a nuestros primeros laicos, al objeto de desprènderse de una religión racional, otra cosa que levantar un fanatismo anticatólico y absurdo, hecho de prácticas ridículas, sacrílegas muchas veces y grotescas las más. No querían bautizar a sus hijos en las pilas bautismales de la parroquia con el agua sacramental y lo hacían con vino en una merienda a la sombra de un árbol o ante una bien provista mesa. Inventaron el matrimonio civil, haciéndole preceder, en su caso, de una apostasía de todo lo divino. Bajo pretextos sofisticos de sanidad pública, abreviaron el culto de los entierros y prohibieron la entrada del cadáver en el templo. Y a las devotas procesiones opusieron algaradas de muñecos disfrazados, con pancartas llenas de inscripciones insultantes y calumniosas.

Si el laicismo no hubiese sido más que eso, hubiera podido incluso tomarse a broma, pero ellos mismos ignoraban que aquello no era más que el terrible principio de otras cosas, el primer paso hacia un abismo que todo, hasta a ellos mismos, arrastraría. Sentían un ardoroso afán por la cultura, porque creían que en ella se halla el sustitutivo de innatas tendencias religiosas. En el fondo, nuestros primeros laicos de pueblo eran de una ingenuidad que espantaba.

Aquel hombre de Vic, a pesar de sus enfermedades, achaques y desgracias, se sentía todavía como en sus mejores tiempos. Había sido ferviente republicano, patrocinador y presidente de entierros civiles, predicador de la nueva religión laica. Blasfemo empedernido, hablaba con orgullo de no haber ido a comulgar desde que hizo la primera Comuni3n, ni siquiera cuando una celeb3rrima misi3n que hubo en Vic había ablandado conciencias de compañeros suyos; ni cuando, viéndole algo necesitado, algunas personas devotas le ofrecieron su apoyo económico.

Por una de esas coincidencias que llamamos casualidades, antes de contraer su última enfermedad, el pobre hombre se había caído un día en plena calle. ¿Y sabéis quién fue la primera persona que acudió a levantarlo? El P. Huix. Enfermo de verdad e imposibilitado de salir de casa, no valían los consejos de nadie para que llamara o aceptara un confesor. Sus amigos de antaño, de cuando era joven predicador laico y tenía un café público, lo habían ya abandonado. Tampoco sirvieron de nada los ruegos de una hija suya, que no sólo no pensaba como él, si no que llevaba una vida ejemplar de casada con un hombre de la plana de Vic. A todos contestaba igual: «No lo he hecho nunca y no lo voy hacer ahora». Por fin se acudió al P. Huix, el cual, naturalmente, con la alegría que estos encargos le proporcionaban, a la primera ocasión fue a visitarlo. Contaba luego que, en la larga conversación que el primer día mantuvieron, al reconocerle por el hombre al cual había auxiliado en plena calle, de nada

se habló que se refiriera, ni de lejos, a su estado de conciencia. Y sin embargo, al llegar la noche, el hombre no pudo conciliar el sueño y a la mañana siguiente, apenas fue alguien a visitarle, reclamó, llorando como un niño, la inmediata presencia del P. Huix. La confesión duró más de una hora y media entre lágrimas y sollozos; se le llevó el Viático y se le administró la Santa Unción. Al poco tiempo murió en los brazos del P. Huix, con una alegría infantil, precisamente el día del Sagrado Corazón.

No todos, sin embargo, son así de fáciles para un confesor. A veces, a la miseria de las almas empeñadas en no volver a Dios, se une la material y corporal que aleja a todo el mundo de su lado. Parece como si el Señor dispusiera esos casos para probar y temprar el alma de sus sacerdotes.

Un caso así ocurría en un tugurio de Vic. Era un anciano que se distinguió por su vicio acentuado de blasfemar. Caído en un estado total de miseria y abandono, nadie se atrevía a acercársele por el hedor horrible que despedían choza y enfermo. Avisado por una buena señora, el P. Huix acudió a su cabecera y durante muchísimo tiempo hizo con él diariamente los oficios de la más abnegada Hermanita de Hospital; lo levantaba de la cama, lo limpiaba, le arreglaba el mugriento lecho, lo acostaba y conversaba largamente con él. Al fin se le rindió; recibió su confesión, cerró sus ojos y depositó, al despedirse, debajo de su jergón una cantidad para el entierro y funeral. Este caso costó al P. Huix una multitud de sacrificios verdaderamente heroicos.

Y así dicen los vicenses casos a centenares, que han permanecido ocultos por la humildad del P. Huix, en el cual el ocultamiento y el anonimato fueron siempre una verdadera obsesión. Decía su sobrino Javier que los problemas más difíciles se convertían en simples dificultades a su llegada. Muchos penitentes, al borde de la desesperación, se volvían tan tranquilos y pacíficos que les parecía haber resucitado. Y lo grande era que sus soluciones, consejos o medicinas perduraban en sus santos efectos, casi siempre, toda la vida.

Yo no sé si era espontáneo en él, intuición propia, o ciencia aprendida en el estudio de la moral y del corazón humano; lo cierto es que, no solamente satisfacían sus soluciones al interesado sino que adquirirían inmediatamente carácter de magisterio para todos. La inalterabilidad de su espíritu era tan extraordinaria, que se le tenía como consultor, aun sabiendo positivamente que su criterio puramente humano podía, para ciertas personas, inclinarle a no ser imparcial. En él, nadie lo dudó nunca, siempre vencía lo que, en perfecto uso de una conciencia recta, creía justo y de mayor provecho espiritual de las almas. En asuntos puramente humanos, no todos sus amigos y penitentes pensaban igual que él. Y sin embargo en él fiaban todos plenamente, seguros de su justicia y rectitud.

Atracción, conquista, conversión de pecadores; he aquí los máximos exponentes de su colosal potencia espiritual. Contra él no se podía luchar. Si alguien lo pretendió alguna vez, pudo hacerlo; pero, vencedor siempre, el P. Huix fue, en su victoria, muchísimo más atractivo todavía pues por su dulzura, corazón y amor, se sentía el rival, no vencido, conquistado.